

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**KRUIJT, Dirk. *Cuba and the Revolutionary Latin America: An oral history.* [London]: Zed Books, 2017. 287 p. ISBN: 978-1-78360-802-7.**

La Revolución cubana cambió la historia, alteró los equilibrios de poder e inauguró un ciclo de luchas sociales y movimientos de liberación nacional en América Latina y el Caribe. Cuba llegó a ser el país de referencia para casi todos los movimientos revolucionarios y postrevolucionarios latinoamericanos desde 1959 hasta el presente, con la sola excepción de la guerrilla maoísta de Sendero Luminoso, en Perú. En este libro, Dirk Kruijt analiza la historia de la Revolución y su influencia hemisférica rescatando las voces de sus protagonistas. El fundamento empírico de la obra abarca más de 70 entrevistas realizadas en la isla con antiguos altos funcionarios y ex combatientes cubanos además de otras 20 entrevistas llevadas a cabo en Colombia, Guatemala, El Salvador y Nicaragua, entre ex representantes de los movimientos guerrilleros de esos países.

La “generación revolucionaria cubana” comprende, según el autor, dos cohortes generacionales: la primera, la “generación insurgente”, tomó parte en la lucha contra la dictadura de Batista entre 1953 y 1958. La siguiente generación, que era demasiado joven para haber participado en la insurrección, fue la generación que construyó su conciencia política al albor de las campañas de la Revolución de 1960-1962; fueron los fidelistas e internacionalistas inspirados por la figura del Che, desde especialistas técnicos, médicos, instructores militares, diplomáticos o educadores. Kruijt aborda los ingredientes históricos que modularon la conciencia colectiva de la esta generación y forjaron el *ethos* revolucionario. Su pensamiento, sus sueños e ideales, la frustración compartida, el compromiso moral y las convicciones ideológicas. Estos hombres y mujeres estaban unidos por una mentalidad común de ferviente patriotismo, fuertes sentimientos antiimperialistas y antiamericanos, simpatías a favor de los pobres y una convicción de la urgencia de justicia social.

Uno de los hilos conductores de la obra atiende a la dinámica fundamental de la experiencia vivida de la Revolución, desde la lucha insurreccional en la Sierra o el Llano hasta las grandes políticas de masas iniciadas en 1959, como la reforma agraria o la campaña de alfabetización. Por medio de los testimonios de las historias de vida, el autor reconstruye la experiencia compartida de los sujetos históricos que constituyeron los cuadros del Ejército Rebelde y la militancia e infraestructura del movimiento insurreccional y clandestino, primero, y pasaron a ocupar las instituciones del Estado y de la nueva sociedad, después. Este rico mosaico ilustra la importancia de la politización en el seno de las redes familiares, o nos aproxima al complejo horizonte de las identidades. Trayectorias vitales convergentes, en suma; como la que ejemplifica la militante del Movimiento 26 de Julio Elvira Díaz Vallina: “*I became a revolutionary doing it, without being communist, without being socialist, without such ideas, [only by] doing so, making a revolution to transform our society, to make it better, more just, more humane, more equal*» (página 63).

El libro establece una periodización de la historia de la Revolución cubana y su proyección internacional en tres fases: “los años del fervor revolucionario”, en el decenio de 1960; “los años maduros”, las décadas de los setenta y ochenta, cuando Cuba experimentó una institucionalización política y una integración económica en el bloque de los países socialistas; y, por último, “el periodo del poder blando”, desde el colapso de la Unión Soviética en 1990 hasta el presente.

Durante los años sesenta las semillas expansivas de la Revolución cubana y la influencia de la teoría foquista del Che Guevara fructificaron en todo el continente latinoamericano en forma de movimientos político-militares antiimperialistas. En el contexto de la Guerra Fría, cada huelga, motín, manifestación de masas o resistencia era interpretado como producto de algún agente cubano; en este sentido se sobrestimó la influencia revolucionaria de la isla. Sin embargo, es cierto que los servicios de inteligencia cubanos dieron apoyo de forma encubierta a los movimientos revolucionarios guerrilleros de Venezuela, Guatemala, Colombia, Brasil o Uruguay, aunque sin intervenir directamente, pues el número de combatientes cubanos nunca excedió la veintena por país (página 79). Para tal fin se creó en Cuba el “Departamento de América” —aunque no se institucionalizó hasta 1975, cuando pasó a depender del Comité Central del Partido Comunista—, bajo la coordinación de Manuel Piñero, que constituyó “los ojos y los oídos de Fidel”.

En la década de los setenta se abrió en América Latina un ciclo inédito de movimientos reformistas nacionalistas, al tiempo que se producía la irrupción de nuevos actores políticos influenciados por nuevas corrientes, como la teología de la liberación y la teoría de la dependencia. Cuba reorientó su política hacia una visión más posibilista basada en las buenas relaciones con los sectores progresistas. En esta «*popular diplomacy*» jugó un papel destacado el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP) encargado de establecer contactos con movimientos nacionalistas de izquierdas. Igualmente, el mismo Fidel Castro mantenía amistad personal con muchos líderes latinoamericanos como Velasco Alvarado (Perú), Torrijos (Panamá), Allende (Chile), Manley (Jamaica), o Bishop (Granada). De este modo, Cuba continuó dando soporte a las guerrillas, aunque se introdujeron dos cambios importantes. De un lado, desarrolló una política más pragmática que hacía hincapié en la necesidad de articular la unidad de los movimientos de izquierda. Así, instó a la unificación de las fuerzas políticas revolucionarias como la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador, o el nicaragüense Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Por otro lado, se implementó el papel de las brigadas médicas y se extendió el servicio médico a los combatientes revolucionarios; hecho que constituye, en palabras del autor: «*it is without a doubt the most laudable, selfness and generous contribution of Cuba to all insurgent movements highly regarded by all who received medical treatment and could convalesce on the island*” (página 171).

Cuba dependía de forma significativa de los subsidios económicos y el equipamiento militar que proveía el bloque socialista. Sin embargo, preservó su independencia con respecto a su posición y actuación en América Latina, el Caribe y África, entrenando, asesorando y utilizando la infraestructura de la isla para apoyar a las coaliciones anti-dictatoriales, a los movimientos insurgentes y a las guerrillas antiimperialistas. El colapso de la Unión Soviética y el fin del COMECON, con la dramática alteración de los estándares nacionales de vida, limitaron su capacidad

para intervenir en el extranjero. Desde los años noventa hasta el presente Cuba ha seguido desempeñando un papel geopolítico importante en América Latina. Ha ejercido un “poder blando” —“*soft power*”— jugando un rol destacado en el liderazgo de los procesos de paz de Guatemala, El Salvador y Colombia. Asimismo, ha mantenido su papel en la izquierda política latinoamericana con su alianza con la Venezuela de Hugo Chávez a través de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), lo que le ha permitido intensificar el que ha sido un proceso ininterrumpido a lo largo de cinco décadas, el internacionalismo civil en países subdesarrollados; especialmente en el campo de la asistencia médica. Entre 1959 y 2001 más de 156.000 civiles cubanos han trabajado en países desfavorecidos. El personal médico cubano destinado al extranjero se ha incrementado hasta alcanzar la cifra de 30.000 sanitarios en 2007. De igual modo, se han expandido otras iniciativas como la Escuela Latinoamérica de Ciencias Médicas (ELAM) creada en 1999, que acoge a alumnos becados de noventa y ocho países.

En conclusión, esta obra proporciona un valioso material para aproximarnos a la experiencia vivida de la Revolución y, en especial, al papel fundamental desempeñado por la generación insurgente en la configuración de Cuba. Dado que los hombres y mujeres que la integran nacieron a finales de los años veinte, treinta y cuarenta, y están llegando al final de su vida, este proyecto representa una valiosa oportunidad para rescatar sus voces ante su inexorable desaparición. Además del extraordinario material empírico aportado; el Dirk Kruijt se sirve de una vasta y rica bibliografía para construir un sólido aparato crítico. Sin duda, estamos ante un libro que marca un antes y un después en los enfoques de historia oral de la Revolución cubana.

Óscar López-Acón  
Universidad de Zaragoza  
[olacon@unizar.es](mailto:olacon@unizar.es)